



HUGO MUJICA + IVOR MARTINIC

El encuentro de la poesía y el teatro

Página 3



CONTRATAPA

Confinados, un relato de Luis Soto

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 4 | NÚMERO 179 | JUEVES 7 DE MAYO DE 2015



Leer es un placer

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.aura.com.ar

SAN AGUSTÍN

LA VIDA Y LA MUERTE EN LAS MANOS DE JOSI HAVILLO

Con su matrimonio en crisis, José, el protagonista de la historia planteada por el escritor Josi Havillo en *Pequeña Flor* (Random House), debe hacerse cargo del hogar y de su pequeña hija mientras un mundo desconocido—de homosexualidad, falsas religiones y muerte—vuelve a su derredor descolocando su pueblerina vida. La novela habla sobre las pequeñas muertes que atraviesa el ser humano

cotidianamente, y quién mejor que Havillo, un porteño filósofo de carrera, músico y cineasta, para narrar de manera cinematográfica la importancia filosófica de la muerte atenuada al compás del jazz. "Este trabajo me planteó un interrogante que generó un diálogo con dos tradiciones distintas que yo siento muy vivas: la experimentación y lo fantástico", comenta el escritor a *Telam*.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 7 DE MAYO DE 2015



VICENTE BATTISTA

En *Confesiones*, San Agustín cuenta su llegada al monasterio de Milán. Entonces era un joven de 30 años y aún lo asolaban ciertas dudas. En el monasterio se encontraron con San Ambrosio, antiguo prefecto de la ciudad y consejero de emperadores, quien lo va a iluminar en la fe cristiana para finalmente bautizarlo en abril de 387. Todo esto tiene que ver con la historia de Agustín, pero hay un párrafo en el capítulo III, del libro VI de *Confesiones*, que trasciende lo personal. El párrafo se titula "De las ocupaciones y estudios de San Ambrosio" y habla del modo en que leía su mentor: "llevaba los ojos por los renglones y planas, percibiendo su alma el sentido e inteligencia de las cosas que leía para sí, de modo que no movía los labios, ni su lengua pronunciaba una palabra". San Agustín lo cuenta con asombro y es natural que se asombrara: en el siglo IV todo el mundo o, para ser más precisos, los pocos que sabían leer, lo hacían en voz alta, era el único modo posible de seguir un texto que carecía de signos de puntuación, con palabras sin minúsculas ni mayúsculas y unidas en-

tre sí. En aquella humilde celda de aquel convento de Milán, el joven Agustín fue testigo y dio testimonio de un momento clave en la historia de la lectura. Leer en silencio, sin oír una sola palabra, significa que la mirada prevalece sobre la audición, no dependemos del tono y el ritmo de quien lee y nos lee, sino de la íntima y silenciosa comunión entre el lector y el autor de ese texto.

En el 549 a.C., el tirano Pisístrato tomó por tercera vez el gobierno de Atenas. Era un monarca interesado por el arte: ordenó la construcción del primer teatro ateniense, por lo que se lo considera un precursor de la tragedia griega, y dispuso que se transcribieran sobre rollos de papiro los versos de la *Iliada* y la *Odissea*, que desde hacía trescientos años se transmitían oralmente de generación en generación. Dos siglos antes, los versos sumerios de la *Epopeya de Gilgamesh* ya habían sido transcritos, aunque no sobre rollos de papiro sino sobre tablas de arcilla. No hay un solo documento que demuestre que los contemporáneos de esas obras hayan leído en silencio las hazañas de los héroes homéricos o las proezas del rey Gilgamesh y su amigo Enkidu, de ahí que sea un hito histórico el modo de leer de San Ambrosio descrito por San Agustín: sobre lo que se escuchaba prevalecía lo que se escu-

ba. Los signos adquirían su verdadera dimensión, ya no importaba el tono de la voz, el modo en que se decía, eso quedó reservado para el teatro, sino la pura palabra escrita, el conjunto de las palabras que constituían el texto.

En la actualidad, ciertos hábitos han modificado el modo de leer. Hoy la lectura es más fragmentaria, bastante menos lineal. En base a ello, la Editorial Planeta, sin abandonar la práctica de editar libros en papel y en digital, ac-

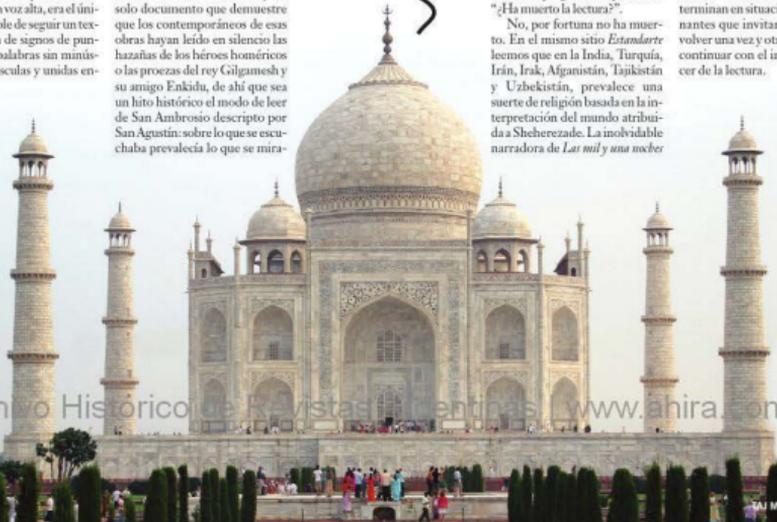
ba de presentar una plataforma multimedia, orientada a los interesados en realizar cursos de capacitación en marketing, administración de empresas, estrategia y negocio de ventas. En todos los casos, se puede escuchar la voz del autor contando lo que se plasma en el texto. Esta variante, explica un directivo de la editorial, está dirigida para "aqueel usuario (sic) que no quiere leer el libro en papel, sino que quiere que sea el propio autor quien le explique los contenidos." Hasta el momento esta ma-

ña está reservada para los libros de capacitación profesional, pero no debería extrañarnos que en poco tiempo también se forjará para los volúmenes de ficción. La noticia la brinda *Estimularte*, pasión por leer, pasión por escribir, un sitio web español: "Si no quieres leer el libro y prefieres que el autor te lo cuente, PlanetaHipermedia.com te lo lleva a casa. Han preparado sus contenidos para ordenadores, tabletas y teléfonos móviles", advierte y concluye con una pregunta inquietante: "¿Ha muerto la lectura?"

No, por fortuna no ha muerto. En el mismo sitio *Estimularte* leemos que en la India, Turquía, Irán, Irak, Afganistán, Tadjikistán y Uzbekistán, prevalece una suerte de religión basada en la interpretación del mundo atribuida a Sheherezade. La inolvidable narradora de *Las mil y una noches*

habría tenido su origen en la serie de libros sagrados persas que bajo el nombre de *Haráz afsána* ("Mil Leyendas") fueron compilados en el siglo IX por el sacerdote Abu Abd-Allah Muhammad el-Gabshigar. La sede central del culto se ubica en el Taj Mahal, aquel célebre conjunto de edificios a orillas del río Yamuna, en la India, que el emperador musulmán Shah Jahán ordenara construir en honor a Mumtaz Mahal, su esposa favorita. Ahí mismo se llevan a cabo las ceremonias de *lecturas*, conocidas como "Continuar", donde los devotos leen relatos procedentes del libro sagrado, así se enteran como fue creado el mundo, como Sheherezade logró huir de la Muerte, representada por el rey Schariar, y le rinden adoración y pletiesia a Masud, el esclavo negro, rey del sexo; a Aladino, rey de inventores; al rey de ingenio; a Simbad oceanógrafo y transportes, y a Ali Babá, rey financiero. Los cuentos de *Las mil y una noches*, que escuchara el rey Schariar de boca de Sheherezade, se han convertido en textos de culto. Las narraciones que componen los "Continuar" de la ceremonia siempre terminan en situaciones emotivas que invitan a los fieles a volver una vez y otra con el fin de continuar con el inagotable placer de la lectura.

Leer es un placer



Archivo Historico de Revistas Argentinas www.ahira.com.ar

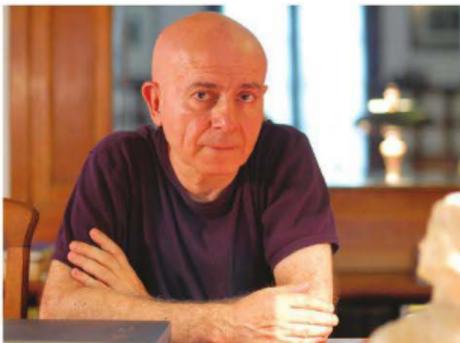
TAJ MAHAL, INDIA.

En *Monasterio (Asteroid)*, Eduardo Halfon ensaya los significados de la identidad y bucea en el valor de la herencia cultural, a través de una bitácora de viaje que comienza con la llegada a Jerusalén de una familia guatemalteca de raíces arábigas-judeo-polacas para participar en un casamiento judío ortodoxo. La novela conforma una cosmovisión subversiva e intimista de razas, religiones y Halfon el autor.

que a su vez es el narrador, uno de los jóvenes guatemaltecos que tras 15 agotadoras horas de vuelo llega a Tel Aviv para asistir a la boda de su hermana con un judío ortodoxo y ex alcohólico de Brooklyn. Halfon es autor de *El boxeador polaco*, uno de cuyos cuentos, el del título, habla de la experiencia de su abuelo materno en campos nazis de concentración o más bien en la herencia que recibe un nieto de boca de su abuelo.



JUEVES 7 DE MAYO DE 2015 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3



HUGO MUJICA + IVOR MARTINIC. UN PUENTE POÉTICO CONSTRUIDO CON LA PALABRA O EL CUERPO DE LOS ACTORES PARA CONMOVERNOS Y PERMITIRNOS PENSAR DE OTRA FORMA. QUE ESO ES EL ARTE.



El encuentro de la poesía con el teatro



↳ OSWALDO QUIROGA

A lo largo de los años la poesía de Hugo Mujica me ha acompañado tanto como sus ensayos. Poeta, sacerdote y filósofo, Hugo es también un buen amigo y un ser humano que parece siempre iluminado. Hay quienes pueden suponer que un hombre de su cultura le escapa al humor. Pero con Hugo Mujica ocurre lo contrario. Puede hablar de Heidegger, de Hölderlin, de Rilke o de Goethe y de pronto lanzarse con una afirmación hilarante. En la última FERIA del Libro de Guadalajara sus intervenciones fueron precisas y lúcidas. Incluso en una de las mesas se enojó porque sus interlocutores más que hablar del escritor mexicano Juan Rulfo, para lo que habían sido convocados, dedicaban los minutos a ellos mismos. Lo que nunca me había pasado era verlo comovido en un teatro. Un compañero con el que he compartido muchas conversaciones a una función de *Mi hijo sólo camina un poco más lento*, del dramaturgo croata Ivor Martinic, en una puesta en escena de Guillermo Casace. Es cierto que el espectáculo, que se ofrece en el Espacio Apacheta, cuenta con un elenco

de intérpretes admirables, y que el director es un especialista en el grotesco, como lo prueba la estupenda versión de *Mates* que montó en el Cervantes. Pero esos días sentados aislados no son suficientes para explicar que al final de la representación apenas tuviéramos un hilo de voz para comunicarnos, tanta era la emoción.

Mi hijo sólo camina un poco más lento pone en el centro de atención a un muchacho joven que padece una enfermedad inoperable que le impide caminar. Se desplaza en una silla de ruedas y acepta su infortunio con bastante naturalidad. No ocurre lo mismo con quienes lo rodean: la madre que lo quiere pero que no sabe cómo comportarse con él, una chica que lo busca amorosamente, una tía que habla a los gritos sobre sus mascotas, una hermana que luce impecable y una abuela que va perdiendo la memoria. La pregunta fundamental es cómo entender a todos. ¿Cómo entendemos al otro de verdad? Si ni siquiera entendemos al otro que habla en nuestros propios lenguajes, ¿cómo podemos intentar realizar para poder mirar en profundidad a alguien que, por alguna razón, lo percibimos como ra-

dicalmente diferente? Las ideas más simples, y algunas veces las más hipócritas, hablan de solidaridad, de acompañamiento, de comprensión. Pero quizá el camino sea distinto. Heidegger dice que en el arte acontece algo del orden de la verdad. Y en uno de sus poemas Hugo Mujica escribe: "En el silencio el silencio habla". En ese silencio que está por encima de la palabra comienza el pensar poético. La obra de arte no ofrece soluciones, no tiene respuestas, pero posee algo de una potencia extraordinaria: nos ubica frente al otro de una manera que nada tiene que ver con lo convencional. Como espectadores nos cuesta reconocernos en el muchacho en silla de ruedas. Sin embargo, a medida que avanza la acción lo que se impone es la poesía de los cuerpos en escena, el dolor de la madre que dice la verdad a los gritos—una actriz estupefacta, Paula Fernández Mbarak—y que ninguna palabra le resulta suficiente para decir lo que dice.

El milagro del teatro consiste en construir puentes vivientes que nos conecten con el otro que el espectador. Para eso hace falta una intencionalidad poética. Sin ella a lo sumo se tratará de un entretenimiento eficaz, pero no de un hecho estético. Hacia el final de la representación algo ocurrió con cada uno de nosotros. Como en la tra-

gedia griega, los actores formaron parte de un coro de voces que rondó esa otredad que va más allá de un muchacho en una silla de ruedas. La poesía hizo lo suyo y abrió un surco en cada uno de los espectadores. Supimos rondar la intransferible experiencia de la otredad descarnada, a cielo abierto. Y en ese sentido el arte resulta más eficaz que cualquier discurso plagado de lugares comunes. El teatro de Ivor Martinic tiene el temblor de *Prósas*, de Sara Kane, y la rara belleza de las obras de Samuel Beckett. Lo que nos enseña el director Guillermo Casace con su espectáculo, y Hugo Mujica con su poesía, es que el arte nos permite pensar de otra forma. No nos comovemos cuando nos cruzamos en la calle con un hombre o una mujer en silla de ruedas. Pero sí nos ocurrió en *Mi hijo sólo camina un poco más lento*. Y nos sucede también frente a la obra poética de Hugo Mujica. Nos abrazamos con Hugo al salir del teatro. Y recordé dos líneas de uno de sus poemas: "Hay huellas que la noche vela, hay desnudos que la lluvia lava y que el viento sepa la lluvia y el viento".

El común denominador entre la obra de Hugo Mujica y el texto de Ivor Martinic es el que genera

un puente poético. Son dos formas de construir poesía. En una la hace el texto y el cuerpo de los actores; en otra son las palabras que provienen de múltiples experiencias y de inabarcables lecturas. De hecho, el mismo Mujica escribió sobre *Mi hijo sólo camina un poco más lento*: "Me deslumbré, por no afirmar que es deslumbrante, nada de la vida, ni su dolor ni su ternura, faltan allí, ni en el amor y a sereno resignación o inventado por la memoria faltan, tampoco ni la histeria ni el delirio, ni lo que florece ni lo que muere. Es la vida en su cotidianidad, en sus apenas anécdotas, que tanto por el texto, como por los actores y la tan multifacética como original puesta, más que anécdotas se abandonan nudos, arquetipos de la existencia, espejos del espectador. Dando unidad, a través atravesando, gira la rueda de la silla de un paréntesis, es, paradójica o sintomáticamente, el quien alreza la vida, el que le da su sí, la afirmación entera, aunque sea el quien carga con la finitud en carne viva, con la carencia que el teatro y el teatro". En verdad, los demás también, dejándose tocar, también herir por el dolor que en ese girar los abarca... como nos pasa a los espectadores, como nos comovemos...".

La poesía y el teatro una vez más transitan el mismo camino.

CRÓNICA DE UNA IMPOSTURA QUE DESNUDA COMPLICIDADES Y FANTASMAS

Podría haber contado sólo la historia de Enric Marco, un hombre que durante 30 años se hizo pasar por sobreviviente de un campo de exterminio nazi, pero el español Javier Cercas tuvo otras ambiciones para *El impostor*, un texto polidécimo que recorre sus contradicciones frente al ejercicio de la mentira que supone toda ficción y al mismo tiempo expone la complicidad de una sociedad seducida por la idea

de una memoria complaciente, despojada de autocrítica. "No se puede salir indemne de una historia así. Si lo haces es porque estás haciendo trampa. No se puede describir a un impostor sin revelar qué tienes tú de impostura—sostiene Cercas a *Télam*—. No quiero que el lector piense 'este tipo es un monstruo, no tiene nada que ver conmigo'. Marco es un espejo deformante de lo que somos".



DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TELAM: CARLOS ALETTI ■ SLT.TELAM.COM.AR

4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 7 DE MAYO DE 2015



CONTRATAPA

↳ Luis Soto

Confinados

Bandadas de mariposas uniformadas, un ala negra, la otra azul, bailoteaban alrededor del cartel que anuncia "Quebrada del Escopce, 26km". No cesaba su revoloteo buscando flores que en esa zona sólo puede ser ciega fidelidad al mandato ancestral, lixión de su fantasía. El camino vió-bros entre laderas que muestran cortes en carne viva de los cerros y otras curbiar por cactus y sufridos arbustos que resisten la falta de agua. Los lechos de los ríos eran pura piedra, cada tanto un chorrito esmirriado ofrecía un fugaz simulacro de vida natural. La brochette de decenas de curvas, algunas muy cerradas, me lleva a avanzar con cuidado. Estaba por internarme en el Riuo del Obispo, camino de vuelta a 3.700 m del llano. A las 6 y cuarto de la tarde un Corsa parado en la banquina cambió de pronto la visibilidad de la ruta desierta. Un hombre alto, pelo y barba canosos, hacia señas con una linterna para que me detuviera. En un español inseguro, pero correcto explicó que el auto alquilado en la capital de Salta había tenido un desperfecto. Aunque debía andar por los 65 años se le veía flamante. "Me llamo Kurt", dijo, se fue soltando y su español se agilizó hasta permitirme toques de humor. Se acercó su esposa—"Heddy", la presenté unos años menor, ojos verdes, rostro que conservaba un encanto cierto. Ella era checoslovaca, él austríaco, vivían en Alemania. Kurt había trabajado 3 años en el sur de Chile, se había casado con el alemán Heddy y se habían casado en los bosques de la mecánica, no sabía qué podía haber paralizado al Corsa. Lo grave era que en ese rincón desértico de los valles calchaquies su celular no tenía señal para comunicarse con el resto del mundo, en particular la agencia

de alquiler de autos. Su situación se tornaría crítica si alguien que fuera hacia la capital no informaba a la empresa del accidente. Yo iba a Cerrillos, lejos del aislamiento de Escopce. Les dije que intentaría comunicarme, pero que antes de seguir quería tomar café. No había alternativas: un único bar era oasis para los viajeros a lo largo de 80 kilómetros. Había recalcado otras veces allí. Una chica, nativa del lugar, hacía empanadas memorables y milanesas estándar. Kurt probó una y las "chuecas" (así llaman los salteños a las empanadas), "si les gustan, encarguen una docena y una botella de vino torrentés". Tenían por delante una larga espera y el bar atendía hasta las 7, cuando en abril comienza a caer la tarde. Charlamos sentados en la galería que daba al valle. En la recordada por tierra argentina los habían cautivado dos paisajes distintos, con nombres que rimaban: Calafate y Cafayate. Habían ido a Santa Cruz a ver el glaciar Perito Moreno. "Estuvieron en Bariloche", descontento. Hay diálogos breves, ocasionales, que sin embargo alcanzan para que surjan rasgos de ideología y cultura. Tras una pausa Kurt se sinceró: "no quisimos ir, nos contaron que quedan nazis, prefiero no cruzarme más con ellos". Los dejó agitando las manos desde una ventana del bar. Imagen de soledad con la noche encima y pocas garantías de que el auxilio los salvara de dormir dentro del Corsa con una temperatura por debajo de cero.

En Chivivana, ya cerca del río, un empleado preguntó qué se le había pasado al coche. Cuando arriesgué que se podía haber que-

dado sin haberlo dicho que en media hora dispondría de un mecánico, de manera que era imposible llegar al Maray antes de las 11. Insistí en que se trataba de un auxilio urgente, la esposa debe tener 75 años, exageré. El tipo padló que les avisara de la demora para tranquilizarnos y cuando expliqué que allí los celulares estaban sin señal cortó bruscamente la conversación. No tenía voluntad de ayuda. Volví a llamar y me atajó el contestador. De caliente, me largué hasta la agencia. El local estaba cerrado y a oscuras, al lado había un garage destinado a los autos de la empresa. Me metí, se oían voces en un entrepiso. Jugaban al truco, uno de los jugadores gritaba "real envíalo". Hubo un "quiero", el gritón cantó 32 y un golpazo seco retumbó sobre la mesa. Aplaudí con fuerza para que supieran que había alguien. No hubo eco, me mandé. Por supuesto, el empleado estaba orejando sus naipes. Empecé a tirar explicaciones, le había costado ubicar al mecánico, yo lo tenía. "Preparo la pick-up y sale", redondeó. Pensé en Heddy y Kurt. "Son gente grande, extranjeros, póngame en su lugar", dije y en seguida sentí que era una frase vacía, nadie se pone en el pellejo de otros, sobre todo si están tirados en El Maray. "Vamos, Flavio", el empleado apuntó a uno de sus naipes, me miró con los ojos de un niño. El Flavio se paró. Por un momento no supe qué hacer. "Me voy al Maray, esta gente va a ganar una buena calama", dije, variante que no habían previsto. Tenían un plan, me enteré a los minutos que el Flavio me llamó junto al improvisado dormitorio de la pareja. Kurt tardó en asomrar la nariz por la ventanilla, el gorro de lana sólo dejaba ver mis ojos, no me había reconocido. Resé un panorama de la trabajosa negociación. El vino y las em-

panadas habían sido eficaces compañeros de exilio. Me acomodé en el asiento trasero del Corsa. Ofrecí un trago de mi petaca cargada con una caña dulzona, Kurt aceptó. Habían perdido ganas de hablar, aunque hoy no sé si mi vuelta, acto de solidaridad poco habitual entre desconocidos, no les habría resultado sospechosa. Más de una hora después se oyó el roncho de un motor y apareció la pick-up frente al bar. Cuando bajó el conductor vi que no era el Flavio. A grandes zancadas se vino un urso, abrió la puerta. Le costó entrar, luego de un penoso forcejeo contra su propio cuerpo. Se sentó al lado mío y sin saludar le llamó las llaves a Kurt. "El señor se pidió Kurt. ¿Usted...?", procuré civilizar la escena. "Becha". Por la voz tuve la sensación de que era uno de los tipos que jugaban a los naipes, casi seguro estaba. "¿Entonces usted es el mecánico?", fue el reparo final de mi desconianza. "Sí. No te preocupes", dijo. Después arrimó la boca a mi oído: "¿a qué viniste, papá?, no necesito peón, lo que cobre es guita mía", planteó con bronca. Demasiado torpes para un tipo de 35 años eran los movimientos de Becha. Tomó envión para bajar y la cabeza golpeó contra el techo del auto. Al caer como un bulto en el asiento vi que el brazo derecho, antes del codo, remataba en un muñón. Muñón morado y deformado, me acordé de esos culos del mono que parecen casacas. Heddy no pudo ocultar un gesto de rechazo. El tipo sacó un trapo clastizado y cubrió el muñón. "¿Quién es usted?", preguntó Heddy a voz de vecino, pero por un brote de tendencia al ridículo, pero sólo yo lo percibí. "No es por la señora.

Me lo abrigó, en la montaña no se jode con el frío y el viento", dijo Becha, logró superar la puerta y bajó. Heddy opinó en alemán que con tanta niebla no me convenía regresar a la ciudad, trajo Kurt. Dijo que era tarde, tenía que volver. "No nos deses solos", rogó Kurt y en su morral asomó un fajo de billetes de 100 dólares. "Yo me haría cargo de su molestia", completó la oferta. Heddy seguía transmitiendo mensajes: "este hombre es un discapacitado", acusó. Cuando me ponía el gorro Kurt extendió tres o cuatro de los billetes que me había hecho ver. No los toqué, salí detrás de Becha. Mientras él trataba de levantar el capot del Corsa pude oler al muñón boyando en el aire. Olor a huesos barabos de carnicería. Pensé que estaba amoralado de tanto pegarle con furia a la mesa festejando las 32. Ahora el muñón frankeaba a los cables de las bujías, como una verga buscona trataba de excitarnos. Becha me venía mirando de reojo. "¡Tomatéis!", encoró. No entendí el cambio de tono, la lamenza. "En un rato llegado dos mis en moto. Los gringos están regalados. Si no querés terminar hecho puré entre las rocas, desaparece". Y csete la boca, mordió las palabras Becha antes de escupirlas. Me despeché de los gringos. Heddy volvió a hablar en alemán: "el consúl nos advirtió: miren que se van a meter en las contrabandas de la América profumada". "No se vayan", oí implorar a Kurt. Fue obediencia, un portazo de mi coche y desapareció. Atiné a encender las luces bajas. "¿Jaj me acordé de cuando me casé con las desaharradas, que sólo había un barro chirey mierdoso, el que vomita tanto Becha de humanidad mutilada. Necesaba apartar una idea: lo que estaba haciendo era escapar. Puse primera, primera profunda.